

Me apetecía escribirte

Hola, me apetecía escribirte. Te parecerá raro, pero, aunque te tenga cerca, muchas veces te echo de menos.

¿Te acuerdas cuando me cogías de las manos y me levantabas muy alto? O cuando me contabas esos cuentos tan largos que nunca tenían final. Esos cuentos que nunca olvidaré, sobre todo aquel de “Juanito, el oso”. Tampoco olvidaré las noches que me dormí soñando, con Juanito, ese niño tan entretenido que fue recogido por una osa y criado por ella.

Me acuerdo de esas mañanas que pasábamos en el monte Marta, Ainhoa y yo contigo. Cuando íbamos recogiendo las moras por el camino y nos las comíamos porque no podíamos esperar a llegar a casa, o cuando nosotras nos cansábamos o nos arañábamos con las ramas y nos teníamos que volver.

Recuerdo un día que fui a veros a la abuela y a ti, pero tú no habías vuelto del monte; cuando volviste, sacaste un pajarito del bolsillo de la chaqueta, te lo encontraste en el monte. Le pusimos el nombre de Delfi. También solías traer caracoles para que luego la abuela los cocinara y siempre nos dabas 3 ó 4 a nosotras para que los cuidáramos, los guardábamos en botecitos y les dábamos lechuga para que comieran.

Me encantaba cada sonrisa que me dedicabas o cada vez que me pedías que fuera a tu casa a ver como hacías las cremas y los bastones, para que aprendiera a hacerlos. Y yo iba el sábado siguiente a que me enseñaras aquel libro que aguardabas como un tesoro y que en un futuro sería de todos tus nietos. Me acuerdo, cuando era más pequeña, me despedía de ti con un beso y luego te llamaba a gritos mientras tú y la abuela me decíais adiós desde el balcón. Recuerdo cuando Ainhoa, Marta y yo íbamos a comer contigo y con la abuela. Me gustaba sentarme a tu lado a la hora de comer y siempre lo hacía. La comida de la abuela estaba riquísima.

Cuando me fui haciendo más mayor veía como Marta y Ainhoa te daban muchos besos y yo te decía un simple “Hola abuelo” y me sentaba a ver la tele. Pero después, mucho más tarde, me di cuenta de lo mal que lo estaba haciendo y te empecé a dar todos los besos que nunca te di. Había tantos momentos, tantas sonrisas que me sacabas. Siempre confiando en mí muchísimo, dándome la seguridad que me faltaba y que ahora me cuesta encontrar.

Pero tampoco puedo olvidar esa tarde de tantas llamadas a casa y cómo mi madre intentaba hablar en clave, para que ni yo ni mis hermanas nos enteráramos de lo que te pasaba. A la hora de cenar nos reunió en la cocina y nos dijo que papá estaba contigo en el hospital porque te encontrabas mal. Nos pidió que no nos preocupáramos, pero yo sabía que tú volverías a casa.

Recuerdo lo mal que lo pasé aquel mes de febrero y los meses siguientes. Cuando iba a visitarte, cuando empezabas a recordar cosas sin significado, pero que para ti lo tenían. Aunque estuvieras lejos, a casi una hora de mi casa, nunca perdía las ganas de ir a verte. Sin embargo lo hacía poco. No quería verte ahí, ni así, rodeado de mucha gente. Porque yo sabía que podías con eso y con mucho más.

Lo tenía claro. Sabía perfectamente que tú no tenías que estar ahí, sino en tu casa. Después de pasar tres o cuatro meses en el hospital, volviste a tu casa. Recuerdo que ese mismo día fui a verte. Estabas en tu habitación, tumbado en tu cama, pero se te veía mas feliz que en el hospital. Y recordé cómo otras veces había estado tumbada contigo viendo la tele esperando a que vinieran a buscarme mis padres. O cuando me quedaba a dormir y por la noche jugábamos Marta, Ainhoa y yo al bingo, mientras la abuela recogía la cocina. Luego por la mañana veía como te levantabas tan pronto para ir al monte y luego volvías con los bolsillos llenos de setas y de castañas. Recuerdo ese desayuno que tomabas, café con trozos de pan. Te gustaba mucho y siempre me preguntabas si yo quería uno de esos vasos a lo que yo te decía que no, porque no me gustaba.

Pero luego volvía a la realidad y te veía en una silla, sentado sin poder moverte y no entendía por qué si unos días antes te había visto perfectamente. Me acuerdo que antes de que te pasara eso, esos días antes, me habías pedido que te borrara unas fotos del móvil. Me acuerdo de aquellos días, meses, casi un año en tu casa. Cuando algunos días después de llegar de clase, iba a tu casa y me ponía a hablar contigo... Te contaba lo que había hecho en clase y me gustaba que tú me contaras cómo estabas, mientras me sonreías y te paseaba por la terraza. O cuando me pasé una tarde entera haciéndote dibujitos en las manos, poniendo tu nombre y el mió, y al día siguiente todavía lo llevabas puesto.

Hace tiempo decías que querías hacer una comida cuando salieras del hospital, con toda la familia y con orquesta incluida. O también me querías invitar a merendar churros y buñuelos. Me encantaban todos esos momentos, o cómo esperabas a mi madre para que te ayudara a andar, porque a pesar de todo sonreías.

Me acuerdo de algo que no tiene nada que ver con esto, cuando estabas en el hospital, cuando llegaba alguna enfermera, la confundías conmigo, o cuando veías a alguien por el balcón, también la confundías conmigo, aunque no se pareciera en nada a mi, pero eso me hacía ver que te acordabas de mí, como yo siempre me acordaré de tí.

Te quiero abuelo.

*Nerea Sánchez Infante (14 años).
Ermua (Vizcaya)*